

Del infanticidio a la bendición

Estudio Bíblico presentado ante el:

CONSEJO LATINOAMERICANO DE IGLESIAS REGIÓN RÍO DE LA PLATA - CLAI

RED GLOBAL DE RELIGIONES A FAVOR DE LA NIÑEZ - GNRC

Niñez y desafíos pastorales

30 y 31 de agosto de 2014

Colegio Ward, Coucheiro 599, Ramos Mejía, Prov. Buenos Aires

Néstor O. Míguez

En primer lugar, agradecer al CLAI por esta convocatoria y por la oportunidad que me dan de presentar este estudio bíblico como material de insumo para el trabajo del Encuentro. Estimo que hoy es importante darnos, como Iglesias, un espacio de reflexión sobre las formas en que pensamos nuestra responsabilidad hacia los niños y niñas, tanto de nuestras comunidades como en nuestra proyección social. No podemos ignorar que la situación de la niñez va cambiando constantemente con los profundos cambios culturales que se están produciendo en nuestro mundo. Lo que pensábamos y diseñamos para el trabajo con niños y niñas apenas unas décadas atrás tiene que ser revisado a partir de la crisis civilizatoria que marca al Siglo XXI.

Efectivamente, mis nietos ya no son el niño que yo fui, ni siquiera el que fueron nuestros hijos. Las formas de encuentro y de construir amistad, los modos en que se configuran los imaginarios sociales, las instancias de socialización familiar, escolar, barrial, han cambiado. El modelo de familia que proyectábamos sobre nuestros hijos no es ya el que están viviendo los niños y niñas de hoy, los que ven en su propia familia o en las de sus amigos y compañeros. Su lugar social se ha modificado.

La infancia de hoy es la infancia de una sociedad de consumo. Es más, el niño es un consumidor ávido, y como tal es considerado y estimulado desde los centros que moldean la cultura dominante, los medios hegemónicos, las grandes empresas del capitalismo internacional. La publicidad ve al niño no solo como un consumidor en sí mismo, sino como un jalón en la cadena de consumo de los mayores: los niños son usados para que los adultos consuman determinados productos a instancias de sus hijos: “Mamá, comprame tal marca”, “abuela, ¿vos no tenés tal cosa?... De esa manera el niño es rápidamente introducido al mundo de los adultos. No solo porque la adolescencia se prolonga tanto hacia adelante como hacia atrás, sino porque la infancia es instrumentada a partir de las demandas del actual sistema económico cultural como un factor integrado a la cadena de dominaciones, a la captura de la subjetividad. Si la construcción de una subjetividad colonizada es el medio de dominación del capitalismo imperial hoy, esa colonización comienza en la niñez justamente a través de las pautas de consumo¹.

Por cierto el impacto no es lo mismo a través de todas las clases sociales ni en los diferentes ámbitos, rural, urbano, pueblos originarios, etc. Pero ningún sector social queda exento de ello y de sus consecuencias. Por eso mismo, es necesario pensar una vez más

¹ Esto expuesto aquí encuentra desarrollo y datos precisos en el artículo de Joel Sangronis Padrón: “Consumismo y manipulación mediática de niños y adolescentes”. Domingo 12 de julio de 2009 por [CEPRID](http://www.nodo50.org/ceprid/spip.php?article538). Accesible en <http://www.nodo50.org/ceprid/spip.php?article538>

como los textos bíblicos nos ayudan a comprender y actuar en este contexto, renovando nuestra hermenéutica de la Palabra de Dios, y como eso puede ayudarnos en nuestra pastoral liberadora. El contexto que vivimos y que acabamos de presentar someramente nos hace buscar y valorar de otra manera los textos bíblicos que nos hablan de la niñez.

En mis días de formación como maestro de primaria nos decían que el siglo XX era el siglo del descubrimiento de la niñez. La valoración del lugar y la identidad del niño produjo nuevas aproximaciones pedagógicas, la creación de la psicología evolutiva y los estudios sobre el pensamiento infantil, etc. En los estudios bíblicos esto encontró repercusión en la revalorización de los pasajes que relacionan a Jesús con la niñez, y la exaltación de los “niños héroes” de algunos textos del Antiguo Testamento. Así textos como “dejad a los niños venir a mí”, “si no fueren como niños no entrarán en el Reino de Dios” y otros similares recibieron nueva atención, en algunos casos con interpretaciones bastante ingenuas. Las escuelas dominicales, las “Horas felices”, los trabajos barriales con niños recibieron nuevo impulso. En muchas iglesias esto influyó incluso en la liturgia, y aún en la apertura a la participación de los niños y niñas en la Mesa del Señor. A nivel doctrinal algunos plantearon la revisión de la llamada doctrina del pecado original y la aproximación al significado de la fe para los infantes. No todas las pedagogías fueron igualmente abiertas, y a veces hemos visto como algunas iniciativas, como, por ejemplo, el tema de la evangelización de los niños, recuperaban el valor de la niñez y una adecuación metodológica, pero en un marco doctrinal conservador y un lenguaje ambiguo, que no siempre ayudaba a dimensionar la realidad de la vivencia infantil de la fe.

Pero el Siglo XXI es otra cosa. Si es medianamente correcto el diagnóstico planteado al principio, las propias características de la niñez aparecen en un contexto socio-cultural distinto. El niño está en el centro, no ya del interés pedagógico, sino de una cadena de consumo. Ya no importan los intereses del niño, sino como el niño es portador de otros intereses. Por un lado aparecen las estadísticas sobre niñez, en cuanto a situación social, educativa, sanitaria, etc.; la sensibilidad sobre los niños en situación de guerra, como víctimas de la violencia directa, de las violaciones a sus derechos. Pero por otro, y no menos dramático aunque sí menos visible, está el marco del sistema económico en lo cultural. Allí no solo los niños y niñas, sino el lugar mismo de la niñez es puesto en cuestión, en la violencia simbólica del mercado. La mano invisible del mercado, o bien aprieta el cuello de algunos niños, o se viste de beatífico dibujito animado para operar en el cerebro de los otros.

En los mitos fundantes de la cultura Occidental, y aún en los cuentos infantiles, el infanticidio aparece como una constante. Si bien Freud construye la dinámica de la cultura de Occidente sobre la idea del parricidio (Edipo), en realidad ese parricidio es fruto de un infanticidio frustrado, como lo destacara F. Hinkelammert (*La fe de Abraham y el Edipo Occidental*. San José de Costa Rica: DEI, 32000). El mito abrahámico incluye también un infanticidio frustrado, pero en este caso el sacrificio de Isaac es interrumpido por el propio Dios. “Y dijo [Dios]: No extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada; porque ya conozco que temes a Dios, por cuanto no me rehusaste tu hijo, tu único” (Gén 22:12). Allí se plantea una alternativa: no es el sacrificio del niño, sino el respeto a su vida lo que Dios exige. Dios no quiere al niño sacrificado sino al niño viviente que de lugar a su promesa, a un futuro de bendición. De esa manera, el texto bíblico da una alternativa a la construcción de la cultura desde la muerte, desde la dinámica contrapuesta al *fili-* y *parricidio*. Hinkelammert luego mostrará como la historia rechaza esa alternativa y vuelve a la dimensión sacrificial de lo religioso.

El libro de la Biblia que más menciona a los niños es Génesis, y los primeros capítulos del Éxodo, que justamente contienen los mitos etiológicos de la humanidad y del pueblo de Israel. Y allí contemplamos una sucesión de episodios que tienen a niños como protagonistas, en unos casos preservados, como ocurre con Isaac, y también con Ismael, con José y Benjamín, o en otros sacrificados como los niños israelitas en manos del Faraón del cual se salva Moisés, o, luego inversamente, los niños egipcios cuando la décima plaga. Aquí hay un infanticidio fundante, por un lado, por la opresión imperial, pero por el otro una especie de revancha en el acto liberador. En los actos de la conquista de los territorios canaanitas también se enuncia la muerte de los niños de las ciudades conquistadas. En cumplimiento de una promesa Jefté mata a su propia hija. Esa ambigüedad no puede ser soslayada en una mirada simplista de la Biblia. Esa ambigüedad será revisada en el Nuevo Testamento.

La historia del infanticidio sacrificial más dramática en los textos bíblicos aparece cuando los padres ofrecen a sus hijos en sacrificio ante Molok. Si bien esto es nombrado casi marginalmente, llegó a ser una práctica en Israel. Creo que para un enfoque que quiera mirar los componentes culturales resulta muy significativo.

Molok, por lo que la investigación permite sospechar, era una antigua deidad presente en diversos pueblos del área del Mediterráneo. Hay testimonios de su vigencia desde mediados del tercer milenio a.C. en Ur y Mari, y su influencia llega desde el Levante hasta Cartago, donde llegó a ser la principal deidad protectora de la ciudad. Era una deidad real que representaba el poder (su nombre quizás provenga del semítico *Milk*, rey).

Tomado como un poder sanguinario, este Dios *Molok* representa el fuego abrasador, y en ocasiones el fuego purificador. Para los asirios era el dios de los infiernos. En Grecia se lo llegó a comparar con Cronos, el tiempo, que devora a sus propios hijos, pero esa equiparación probablemente provenga de la forma del culto, aunque también se atribuye a un juego lingüístico con la palabra "*kraiw*" (dominar, sojuzgar) en virtud de ser un dios de poder, un dios de dominación. Por ello algunas hermenéuticas interpretan su vínculo con el becerro de oro del episodio del Éxodo. Su culto perdura hasta los tiempos del Imperio romano. Plutarco y Diodoro Sículo, entre otros, relatan las ceremonias. De estos relatos y otros, pero también de las referencias indirectas que tenemos en los textos bíblicos y del entorno semítico, nos podemos formar una imagen del culto a este Dios.

"En los templos en los que se rendía culto a Moloc se encontraba una enorme estatua de bronce del dios. Dicha estatua estaba hueca, y la figura de Moloc tenía la boca abierta y los brazos extendidos, con las manos juntas y las palmas hacia arriba, dispuesto a recibir el holocausto. Dentro de la estatua se encendía un fuego que se alimentaba continuamente durante el holocausto. En ocasiones los brazos estaban articulados, de manera que los niños que servían de sacrificio se depositaban en las manos de la estatua, que por medio de unas cadenas se levantaban hasta la boca, introduciendo a la víctima dentro del vientre incandescente del dios"². Un relato similar aparece en el libro de Segunda Macabeos, cuando Antioco Epifanes ordena sacrificar a siete hermanos que se resistía a quebrar la dieta *kosher*, ensañándose especialmente con el menor, que lo enoja sobremanera porque es justamente un niño el que se resiste a sus amenazas y a su poder (2Mac 7).

El culto tocó a Israel. Quizás la práctica del culto a *Molok* está en el trasfondo del sacrificio de Isaac, pues todo indica que sería "pasado por el fuego". A pesar de que el

² Información tomada del *Diccionario de la Biblia*, Ausejo y otros (ed), Barcelona, Herder, 1975, col 1289-91 y de Wikipedia, en <http://es.wikipedia.org/wiki/Moloch> (24/8/14)

Dios de Abraham rechaza ese sacrificio, es evidente que la práctica continuó y su presencia obligó a la prohibición del mismo que aparece en Levítico (18:21 y 20:1-5). Eso no alcanzó, pues, entre las construcciones idolátricas que hizo Salomón, quien fuera el más poderoso de los reyes de Israel, se levanta un altar a Molok (1R 11:7-9). Más adelante el altar a Molok es destruido por orden del rey Josías, cuando intenta una renovación del Culto en Judá, para evitar que se siguiera con la costumbre de sacrificar los hijos ante ese dios (2R 23:10). Jeremías, en su profecía, recrimina a Judá haber realizado este sacrificio pasando por fuego a sus hijos e hijas (Jer 32:35). En el Nuevo Testamento Molok es citado en Hechos 7:43, cuando Esteban recrimina a los ancianos el pasado ídola de Israel.

Por qué me he detenido en esta historia tan cruel, horrorosa si se quiere. Porque es indicadora que el infanticidio está vinculado con políticas de dominio, con dioses y hombres que exigen sacrificios para afirmar su poder, su capacidad de controlar e imponer. Los ídolos representan fuerzas políticas y culturales sublimadas. Son proyecciones de las ambiciones y frustraciones humanas, y en la naturaleza de sus cultos se evidencia el sentido que se otorga a tales divinidades como atributos sublimados de las posibilidades y frustraciones, y también de las perversiones humanas.

Justamente por eso me detengo en Molok. No es solamente un ídolo del pasado. Como deidad de poder, de dominio, de alguna manera sutil pone en juego la imagen de un poder al que hay que sacrificar todo, y los niños son sus víctimas preferidas. El Molok de hoy se nos presenta en el nuevo imperio económico cultural, que exige el sacrificio real y simbólico de nuestros niños. El sacrificio real en las víctimas de guerras y bombardeos, donde los “pasan por fuego”, literalmente hablando, bajo el eufemismo de “daño colateral”. Entre los mayores, ¿quién no recuerda la imagen de una niña ardiendo por el napalm en la guerra de Viet-nam? O, más reciente el niño gris, en los bombardeos con fósforo blanco de Israel en el sur del Líbano, para no mencionar los actuales en Gaza. Como en los tiempos del antiguo Israel y su entorno, se sigue ofreciendo vidas de niños y niñas a Molok, bajo la excusa de la purificación, de la liberación o en el ejercicio de la venganza.

Pero también se perpetúa el sacrificio en la violencia simbólica del consumismo. El otro nombre de Molok hoy es el dios Mercado. Todo bien y toda vida deben someterse a su fuego abrasador. Lo regula todo, pero no debe ser regulado por nada. Es el ídolo que controla jueces y reyes. Es el que contamina con el veneno consumista mentes y planeta, incluso de algunos que se creen bien intencionados.

No es necesario matar a nuestros niños para ofrecerlos en sacrificio a ese Dios, ni siquiera hay que maltratarlos. Por el contrario, un amor condescendiente puede también ponerlos en sus manos. Basta con aceptar sus pautas de consumo, con dejarlos creer que la felicidad descansa en la cajita de los McDonald, en tener todo lo que la televisión o el Internet ofrecen, o que la vida se construye en la acumulación de lo perecedero.

Vuélvese a escuchar la voz de Dios a Abraham en Moriá: “No le hagas daño al niño”, o la recriminación de Jeremías “No les mandé que pasaran a sus hijos e hijas por el fuego de Molok”. Aquí es donde aparece el carácter desambiguador del Evangelio. A partir de Jesús no podemos entender ningún infanticidio como liberador. Por el contrario, se afirma el cuidado que Dios pone en toda vida, especialmente en la de los más desvalidos.

También en la historia de Jesús, según Mateo, hay un infanticidio fundante, cuando Jesús es preservado de la matanza de niños ordenada por Herodes. Aquí, sin

embargo, no hay revancha, y la salvación liberadora no supone la muerte de los hijos del rey opresor (el propio Herodes se encargará de ejecutar a algunos de sus hijos).

No es fácil marchar contra la corriente del poderoso Molok. A Jesús le costó la cruz. Jesús es librado de la muerte en el infanticidio de Herodes para padecer y morir luego en tiempos de su sucesor, en las manos del mismo poder homicida. La misma fe significó el martirio a tantos otros. Pero hay más vida en esas muertes, que en la muerte que nos propone la vida según Molok.

No quiero entrar en un clima dramático ni en un flagelamiento masoquista, del que se invita al martirio. Por el contrario, el evangelio es gozo y alegría. Es, en palabras de Pablo, la “transformación de nuestras mentes, no adaptándonos a este siglo” (Ro 12:2), y debe serlo también para nuestros niños y niñas. La invitación de Jesús a los niños es para ser benditos, no sufrientes. Creo que la evangelización del niño, en el sentido más profundo hoy, no pasa por convencerlos de que son pecadores de negro corazón que deben arrepentirse sino todo lo contrario, que son esperanza de vida, imagen de lo que Dios ha puesto de válido y digno en todo ser humano. El evangelio liberador, la verdadera evangelización del niño, en mi entendimiento, pasa por ayudarles y ayudarnos a descolonizar la mente.

Ahora sí, a partir de esa comprensión es significativo leer los textos de Jesús con los niños, no como una edulcorada e ingenua mirada del niño inocente, sino a partir de la alternativa que se ofrece frente a un sistema que devora a los niños en el fuego del consumo.

El “dejen que los niños vengan a mí” (Mt 19:13) se presenta entonces como una alternativa al sistema que esclaviza al mundo infantil transformándolo en el mercado de lo inútil, sumándolo a la ansiedad del consumo e instalándolo en la violencia de los “videojuegos”. Vale aclarar que no estoy hablando contra el avance tecnológico ni contra la participación de los niños en el mundo digital, sino la forma en que esa industria introduce al niño en el mundo de la violencia y el consumo y fomenta el extremo individualismo. El venir a Jesús debe significarse como un modo de salir de la dinámica del control del sistema para conocer un nuevo sentido. En un sistema que relegaba a los niños Jesús los convoca para ponerlos en el centro. En un sistema que pone a los niños en el centro para usarlos comercialmente, la bendición significa darles otro sentido, proponerles otras experiencias de vida.

En el relato de la multiplicación de los panes y peces (Jn 6:9) es un niño el que ofrece su “cajita feliz” para que todos coman. Ese niño aprendió que no es el apropiarse sino el compartir el que genera la posibilidad de lo nuevo. No es la inclusión en un sistema que hambrea y envenena, sino la alternativa que nutre. Esta evangelización que exige nuestra máxima creatividad es mostrarles que hay vida fuera del mercado, que hay posibilidad de juego y alegría, de compartir y crecer sin recurrir al consumo obsesivo, sin ser obsecuentes al mandato de la propaganda. Es enseñar que no todo es descartable, y menos aún las personas y las relaciones personales.

Así, la palabra de vida que propone la Escritura debe permitirnos pasar del consumo que envenena a la creatividad que genera gozo. Dejar atrás el fuego del Molok del mercado para recuperar el sentido del compartir que produce abundancia de vida. Es decir, pasar del infanticidio a la bendición.